

CRISTAL Y ROCA: UNA ILUSIÓN FRUSTRADA

ANTONIO MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ*

Fecha de recepción: 25 de enero de 2011
Fecha de aceptación: 5 de febrero de 2011

I EL INSTITUTO DE BACHILLERATO DE SANTA CRUZ DE LA PALMA Y DON JOSÉ PÉREZ VIDAL, PROFESOR DE ENSEÑANZAS MEDIAS

De los treinta y seis varones que habíamos iniciado los estudios de bachillerato en 1941 «en el Cabildo» (como algunos llamaban todavía al viejo instituto de la calle O'Daly, número 19/21¹) sólo quedábamos once en el séptimo curso, más dos que se habían incorporado con posterioridad: José Manuel Acosta Pérez, Manuel Álvarez Hernández, Wistremundo Brito Rodríguez, Antonio Manuel Díaz Rodríguez, Gabriel Duque Acosta, Heriberto Felipe Hernández, Rogelio Guardia Hernández, Saturnino Hernández Rodríguez, Armando Nöbauer Sánchez, Orestes Ortega Morales, Jaime Pérez García, Tomás Reyes Miranda y Eduardo Rodríguez Arroyo. Los trece formábamos un grupo muy cohesionado, en el que no contaban las diferencias de capacidades ni de aplicación que, como es natural, existían. Corrían tiempos difíciles y algunos habían sufrido en carne propia sus consecuencias. El plan de estudios de 1938, del ministro Ibáñez Martín —siete cursos

* Real Sociedad Cosmológica (Santa Cruz de La Palma).

1. Así era nombrado por haber compartido sede, desde su creación en 1932, con el Cabildo Insular de La Palma, hasta el traslado de éste, junto con la Delegación del Gobierno (hoy Administración General del Estado en La Palma) y la policía gubernativa, que contaban con oficinas en el mismo inmueble, a la casa alquilada a los hermanos Pérez González, en la Acera Ancha, donde permaneció hasta su ubicación actual en la Avenida Marítima.



de denso contenido— era duro. De él se decía que cualquier alumno que hubiera llegado aunque sólo fuera al cuarto curso y recordara de adulto lo aprendido, sería considerado un erudito. Durante los siete años de este periodo tuvimos una larga nómina de profesores y experiencias que influyeron de manera decisiva en nuestra formación. Entre los profesores, titulados o no, los había extraordinarios, mediocres y, unos pocos, francamente malos. A todos los recordamos con afecto y gratitud pues, según es sabido, de todo profesor se aprende algo: de los buenos lo que se debe hacer y de los malos lo que no se debe hacer.

Don José Pérez Vidal, que había sido durante poco tiempo delegado del Gobierno en la isla durante la Segunda República, preparaba en Madrid en el año 1936 oposiciones a cátedra de Literatura de institutos de bachillerato. Allí le sorprendió el golpe de estado y permaneció en la península durante la Guerra Civil². Terminada ésta, regresó a La Palma donde no se le valoró

2. LÓPEZ, Elsa; CEA, Antonio. *José Pérez Vidal, entrevistas sobre su vida*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma, 1987, pp. 56-68.

suficientemente. Habrían de pasar muchos años para que su talla intelectual le fuera reconocida en su isla natal. No era un político, pero su trayectoria personal y familiar tampoco era propicia para el respeto y consideración que sin duda merecía³. Para muchos sólo era *Pepito Resorte*, apodo que algunos le daban por su forma de caminar, consecuencia de haber padecido poliomielitis en la niñez. Esto es duro, triste y lamentable, pero hay que decirlo si queremos ser fieles a la historia. Don José consiguió a duras penas un puesto de profesor en el instituto palmero con un modesto sueldo, teniendo que recurrir además, para poder sobrevivir, a impartir clases particulares en su domicilio de la calle Tedote y a montar un pequeño establecimiento, la Librería y Papelería Isla: «Material Escolar, Artículos de Regalo», según rezaba en uno de los anuncios aparecidos en la página publicitaria de *Cristal y roca*; se encontraba ubicada en la Acera Ancha (General Mola, 40-D, hoy Pérez de Brito), y fue regentado por Rosario Morales Torrecilla («doña Charo»), su esposa.

Nuestro primer contacto con don José fue como profesor de Latín durante los primeros cursos. No era especialmente brillante explicando esta asignatura. Apenas superada la infancia —once o doce años la mayoría—, era para nosotros un profesor más, si bien desde el primer momento transmitía una humanidad y bonhomía que le hicieron acreedor de respeto y admiración. Ya adolescentes y hasta terminar el bachillerato fue nuestro profesor de Literatura y se acrecentaron la admiración y el respeto que desde un principio nos inspiró, unidos a una relación de especial afecto entre profesor y alumnos. Las enseñanzas de Gramática y Literatura recibidas hasta entonces de otros profesores resultaban rutinarias y elementales. La Literatura, explicada por don José, relacionándola con todas las ramas del saber —con la

3. Su padre, don Juan Pérez Cabrera, republicano y alonsista, como eran llamados los seguidores del líder político Alonso Pérez Díaz (1876-1941), el diputado republicano sin duda de más talla y el más carismático con que ha contado la isla, murió en prisión en febrero de 1941, al igual que le ocurriría a don Alonso ocho meses después.

expresividad que le caracterizaba— se convirtió en una asignatura distinta a cuyas clases no se asistía por obligación. Era un profesor diferente, al que engrandecían sus conocimientos y su humildad. Además del reconocimiento nacional e internacional que con el tiempo alcanzaría como investigador y filólogo, era un *maestro*. Pocos de sus alumnos pudieron evitar convertirse en ávidos lectores e ir formando sus propias bibliotecas. Propició que valorásemos las obras de los clásicos, hizo asequibles a nuestras jóvenes mentes los grandes escritores de la Edad de Oro, del Romanticismo, de la Generación del 98 y de la literatura universal, de difícil acceso entonces por su costo y por su limitada existencia en librerías, a la que recurriamos a través de viejos libros de bibliotecas familiares que se intercambiaban de mano en mano. Poco o nada —no era de esperar en aquellos tiempos— de la generación del 27, aunque sí algo de los autores emergentes de la época en que vivíamos y que hubieran escapado a la censura o al *nihil obstat*. En este sentido, jugó un papel importante la colección Austral de Espasa-Calpe (a 4'50 pesetas el volumen normal y 7 el extraordinario), que además de la variada temática que ofrecía su edición española, contaba con otra argentina, lo que nos permitió conocer algo a Lorca, a Miguel Hernández, a Unamuno y otros.

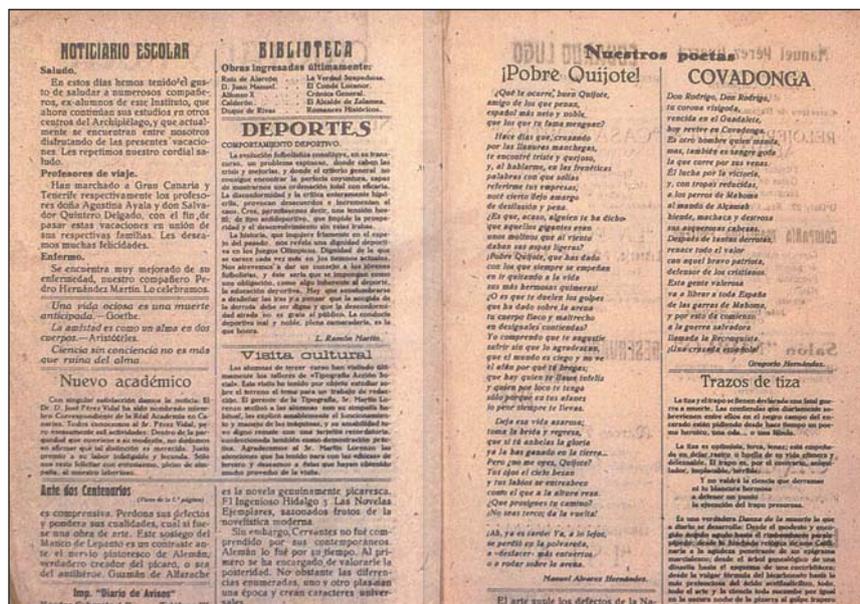
2 LA PREMATURA MUERTE DE *CRISTAL Y ROCA*

Algo debió de ver don José en el reducido grupo de componentes de nuestro curso para que se estableciera entre profesor y alumnos una no planeada complicidad. Se hablaba en las clases del pasado cultural de la ciudad y la isla, de los numerosos periódicos que en su tiempo circularon y del poco interés que el único existente entonces despertaba. Alguien sugirió la posibilidad de que confeccionáramos uno artesanal en el que destacara su contenido cultural. Ilusionados con la idea, se propusieron las secciones que debía contener, con textos elaborados por

<p>Manuel Pérez Guerra Contratista de Obras Taller de Carpintería MUEBLES Carpintería de Hujamar. O'Daly 27. Sta. Cruz de La Palma.</p>	<p>EDUARDO LUGO RECEPTORES "PHILIPS" ARTÍCULOS DE LUJO O'DALY. 13.</p>	<p>CRISTAL Y ROCA Boletín Escolar del Instituto Nacional de Enseñanza Media Año I Santa Cruz de La Palma, 1.º de Enero de 1948. Núm. 1</p>
<p>RELOJERÍA Y ÓPTICA ALEMANA Objetos de regalo Gafas de toda clase Bisutería en general O'Daly 27. Sta. Cruz de La Palma.</p>	<p>"CASA NORTEN" SASTRERÍA Y CAMISERÍA D.E. Francisco Duque Pérez Gran surtido en cortes de trajes y popelines para camisas GENERAL MOLA. 14.</p>	<p>Nuestro propósito Ha sido una nueva publicación, que tomasen la... Anteriormente habíamos surgido... Por su procedencia, se puede colegir muy bien... El fin de nuestra publicación es muy sencillo... Muy sencilla, pero muy interesante, interesante... El fin de nuestra publicación es muy sencillo... Muy sencilla, pero muy interesante, interesante...</p>
<p>COMPañÍA MARÍTIMA FRUTERA Servicio semanal de vapores de pasaje y carga entre la Península y las Islas Cana- rias. AGENTE: José Duque Martínez, O'Daly, 14.—Teléfono, 95.</p>	<p>"LA POPULAR" Librería, Papelería, Perfumería Artículos de regalo, material escolar y de escritorio. Plaza de España, 1 Teléfono, 3-0-4 Sta. Cruz de La Palma</p>	<p>Ante dos centenarios Las obras literarias son inmortales... Cervantes y Maero Alemán crean... El Manco de Lepanto considera... Alemán se revuelve iracundo... Cervantes y resignada... Lugo y otro floodean, pero... Alemán considera a la vida en su...</p>
<p>Salón "NUBLO" Últimas novedades en perfumería, Bisutería, artículos para señoras y caballeros O'Daly, 28.</p>	<p>RESERVADO PARA "ALFA"</p>	<p>CRISTAL Y ROCA dejar a todo el personal docente, ad- ministrativo y subalterno del institu- to y a todos los estudiantes y suscrip- tores MUCHAS FELICIDADES en</p>
<p>"CARMENITA" JABONCITA GARANTIA Representante: Adolfo Pérez Cáceres NAVARRA, 2.</p>	<p>Marcos Pérez de Paz COMERCiante AL POR MAYOR Exportador de productos del país Avenida, 64. Teléfono, 3-0-5. Pedro Páez, 1 SANTA CRUZ DE LA PALMA</p>	<p>CRISTAL Y ROCA dejar a todo el personal docente, ad- ministrativo y subalterno del institu- to y a todos los estudiantes y suscrip- tores MUCHAS FELICIDADES en</p>
<p>Librería Cervantes PAPELERÍA MATERIAL ESCOLAR OBJETOS DE REGALO MÚSICA General Mola, 4. Teléfono, 3-0-4</p>	<p>LIBRERÍA Y PAPELERÍA "ISLA" MATERIAL ESCOLAR ARTÍCULOS DE REGALO General Mola, 40. D.</p>	<p>CRISTAL Y ROCA dejar a todo el personal docente, ad- ministrativo y subalterno del institu- to y a todos los estudiantes y suscrip- tores MUCHAS FELICIDADES en</p>

los propios alumnos, de manera que pudieran ver impresas sus redacciones en prosa o sus poemas aquéllos que tuvieran inquietudes literarias. Contábamos, en principio, con que el abuelo de nuestro compañero Wistremundo Brito poseía una imprenta⁴, en la que ya habíamos hecho algunas incursiones para confeccionar unas tarjetas de felicitación para algunos de nuestros profesores en sus onomásticas. Se nos contagió a todos el entusiasmo por la tarea, si bien el peso de su consecución recayó más en unos que en otros. Primero se discutió sobre el nombre que habría

4. Se trataba de la Imprenta La Palma, domiciliada en la calle Álvarez de Abreu, 37, esquina Rieguito, propiedad de Tomás Brito de la Cruz, regentada entonces por su hijo Tomás Brito Cabezola. Ocupaba uno de los bajos de la casa conocida por *La Obrera*, al ser la sede en su parte alta de la sociedad Urceolo Obrero. Sobre los orígenes y trabajos tipográficos de esta imprenta, antes La Lealtad, véase: Régulo Pérez, Juan. «Los periódicos de la isla de La Palma (1863-1948)». *Revista de historia canaria*, n.º. 48 (1948), pp. 337-413; y Vizcaya Cárpenter, Antonio. *Tipografía canaria: descripción bibliográfica de las obras editadas en las islas Canarias desde la introducción de la imprenta hasta el año 1990*. Santa Cruz de Tenerife: Instituto de Estudios Canarios, 1964.



de dársele. Largas conversaciones, de las que surgieron las más variadas propuestas, concluyeron con el que se le impondría: *Cristal y roca*. Desde la perspectiva del tiempo transcurrido, sesenta años después, este título, frágil y contundente a la vez, evoca cómo eran nuestra juvenil personalidad y nuestra evidente ingenuidad, dado el futuro que aguardaba al proyecto.

Se estructuró el formato que el periódico —así lo llamábamos— tendría, bajo la sabia y condescendiente dirección de don José, que nos hacía sugerencias de tal manera que parecía que las ideas habían partido de nosotros. Se apalabraron colaboraciones, invitando a participar a algunos alumnos de otros cursos con inquietudes literarias, y se sopesaron los pros y los contras sobre la forma de llevar a cabo su confección material. Para darle más carácter, se pensó destinar una página a pequeños anuncios de empresas locales, cuya colaboración no sería difícil obtener. Nunca nos referíamos a «nuestro periódico» como *boletín escolar*. El subtítulo que figura fue sugerido por don José, quien seguramente pensó que de esta manera no le serían de aplicación las rigurosas normas de la Ley de Prensa de la época: imposibilidad

de editar nada no autorizado, nombramiento del director por la autoridad, censura previa, sanciones, etc., cuestiones que —a pesar de no ignorar las limitaciones de libertad imperantes— no pensamos que nos afectarían. Pecamos de ingenuos.

Aunque prácticamente todos los componentes del curso participaban en el proyecto, conviene hacer hincapié en el papel que desempeñaron Manuel Álvarez Hernández, Gabriel Duque Acosta, Wistremundo Brito Rodríguez, Orestes Ortega Morales y José Manuel Acosta Pérez. Dos de los textos seleccionados para el primer número fueron aportados por alumnos de otros cursos, como es el caso Domingo Acosta Pérez y Gregorio Hernández. Domingo Acosta Pérez era hermano mayor de nuestro compañero José Manuel. Recién llegado de prestar el servicio militar —durante el cual formó parte de la División Azul en la Segunda Guerra Mundial— fue incorporado al cuarto curso de bachillerato cuando nosotros estábamos en sexto o séptimo. Tal como poco después haría en la Sociedad Cosmológica, se ofreció para reorganizar la cerrada pequeña biblioteca del instituto y mantenerla abierta algunas horas por las tardes. En las reuniones que allí celebrábamos se fraguó buena parte de *Cristal y roca*, lo que seguramente fue el germen de la posterior vocación que el recordado periodista fecundamente llegaría a desarrollar⁵. Gregorio Hernández era alumno destacado de sexto curso. Hijo de Gregorio *Murriaco*, propietario del café Mambrino —situado en el mismo lugar donde hoy existe un bar restaurante de igual nombre—, emigró joven con su familia a Puerto Rico, donde, después de completar estudios superiores, destacó como profesor universitario. También colaboró Leovigildo Ramón Martín, encargado de la sección de deportes, compañero de cursos anteriores con quien seguíamos en contacto a pesar de haber dejado los estudios para trabajar en el Banco Hispano Americano⁶. Los de-

5. Sobre su biografía, véase: PÉREZ GARCÍA, Jaime. *Fastos biográficos de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Sociedad Cosmológica: Caja Canarias, 2009, p. 34.

6. Era el único que existía en La Palma, con oficinas en Santa Cruz de La Palma y Los Llanos de Aridane. En el rótulo de madera —instalado a lo largo

más éramos meros comparsas, pero para los siguientes números estaba prevista la completa colaboración del grupo. Al autor de estas líneas se le encomendó una proyectada sección de humor, de la que conserva un pequeño relato inédito, que se incorpora aquí como apéndice, sobre un popular personaje de principios de siglo conocido por Tomás *Corre*, abreviando por pudor su auténtico apodo: *Correquetecaga*, destinado a ser publicado en un segundo número de *Cristal y roca* que no llegó a ver la luz.

Como ya he apuntado, Domingo Acosta Pérez se había ofrecido, y se había aceptado su oferta, para organizar la pequeña biblioteca del centro —fuera de servicio desde 1936— y mantenerla abierta unas horas por la tarde. Allí nos reuníamos en animadas tertulias. Éramos prácticamente los únicos visitantes. Consultábamos los libros de la preferencia de cada uno y, puestos en la tarea de sacar adelante el periódico, nos distribuimos las gestiones necesarias: conseguir los anuncios, la impresión, etc. En cuanto a su contenido, la parte de carácter general era redactada por los más capaces y retocada después entre todos atendiendo las sugerencias que se estimaban acertadas. Con estos textos, las colaboraciones firmadas y los anuncios, se le dio forma en una vieja máquina de escribir cuya cinta, seca por el tiempo que llevaba fuera de uso, hubo que sustituir por otra adquirida en La Popular, «librería, papelería, perfumería, artículos de regalo, material escolar y de escritorio – Plaza de España, 1 – Teléfono 204 – Sta. Cruz de La Palma», como también aparecía en la página de anuncios de *Cristal y roca*. Cuando tuvimos en nuestras manos mecanografiado, primero el borrador y el contenido

de la fachada del edificio de dos plantas que ocupaba en la calle O'Daly, sobre las puertas de la planta baja destinada a oficinas— se leía: «BANCO HISPANO AMERICANO – Capital 200 millones de pesetas, totalmente desembolsado». La segunda planta tenía su acceso por la calle trasera y era la vivienda del director. Como muestra de seguridad y para tranquilidad de quienes habían depositado allí sus ahorros, el banco tenía una especie de celador o guardián —*maestro* Eduardo— al que, cerradas las oficinas al público, podía verse por las noches cómodamente sentado en una silla colocada en la acera, ante una de las puertas que permanecía abierta.

definitivo después, de lo que esperábamos ver impreso, pusimos manos a la obra para hacer realidad el último paso. Pero surgió un problema en el que no se había pensado: la imprenta del abuelo de nuestro compañero Wistremundo, no contaba con medios para hacer la impresión con el formato que pretendíamos. Lo resolvimos recurriendo a la de don Manuel Santos, que editaba *Diario de avisos*⁷. El costo de la tirada, cincuenta o cien ejemplares —no recuerdo la cantidad exacta, pero no fueron más— se sufragó con lo que logramos recaudar por los pequeños anuncios de empresas locales insertos en la última página.

Por fin tuvimos en nuestras manos el paquete con los ejemplares impresos, y fue en este momento cuando intervino el director del centro, el presbítero don Luis Van de Walle y Carballo (1906-1987)⁸, quien, amablemente y sin mostrar ningún signo de reprobación —nos pareció incluso que nos felicitaba por el trabajo— nos pidió que depositáramos el paquete en la dirección, pues era necesario contar con un permiso del gobernador civil —que él solicitaría de inmediato— para poder distribuirlo. No pensamos que existiría ningún problema y pusimos manos a la obra para preparar el segundo número. Pasaban los días y don Luis contestaba a nuestras preguntas con evasivas, alegando que

7. La imprenta de don Manuel Santos Rodríguez (Los Llanos de Aridane, 1875-1958) se encontraba situada en la calle Méndez Cabezola (en el local donde hoy se encuentra la pizzería El Parral), esquina Castillete. Santos era en esa época el propietario y director del *Diario de avisos*, periódico fundado en la capital palmera en 1890. Más tarde fue adquirido por Antonio Carrillo Kábana, quien lo continuó editando en esta ciudad hasta su venta a la actual empresa que lo edita en Santa Cruz de Tenerife. Sobre el periódico y la imprenta, véase: IZQUIERDO PÉREZ, Eliseo. *Periodistas canarios: siglos XVIII al XX: propuesta para un diccionario biográfico y de seudónimos*. Islas Canarias: Gobierno de Canarias. Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, 2005, v. 3, p. 272; RÉGULO PÉREZ, Juan. *Op. cit.*; IDEM. «Bosquejo biográfico de Diario de avisos, decano de la prensa de Canarias, mientras estuvo en La Palma». En: *Homenaje al profesor Dr. Telesforo Bravo*. La Laguna: Universidad de La Laguna, 1991, v. II, pp. 567-583; y VIZCAYA CÁRPENTER, Antonio. *Op. cit.*

8. Véase: PÉREZ GARCÍA, Jaime. *Op. cit.*, p. 396.

no había recibido respuesta a la solicitud. Más o menos un mes después nos dijo muy serio que la autorización había sido denegada «*porque no contábamos con cupo de papel para la edición*», negándose a devolvernos el paquete que le habíamos entregado. Fácil es imaginar nuestro desencanto, máxime sin haber tenido la precaución de haber conservado ni un solo ejemplar como recuerdo. Con expresión de tristeza, don José nos dijo que «*las cosas son así y hay que aceptarlas*». Ese mismo año trasladó su residencia a Madrid, donde habría de desarrollar su amplia labor investigadora. Había sido nombrado miembro correspondiente en Canarias de la Real Academia, de lo cual dábamos cumplida información en *Cristal y roca*. Con los años, sólo volvería a La Palma para pasar cortas estancias algunos veranos. En Madrid recibía constantes visitas de muchos de los que habíamos sido sus alumnos y algunos éramos invitados a acompañarle al Consejo Superior de Investigaciones Científicas cuando él u otro investigador de prestigio dictaba alguna conferencia y al Museo del Pueblo Español, de cuyo montaje y puesta en funcionamiento se hallaba encargado.

3 EPÍLOGO

Años más tarde, disgregados los componentes del grupo, al encontrarnos recordábamos lo ocurrido con *Cristal y roca* como una más de nuestras vivencias estudiantiles. Con el paso del tiempo sólo era objeto de comentarios ocasionales, hasta casi caer en el olvido. Cuando don José retornó para residir definitivamente en la isla, anciano y enfermo, algunos le visitábamos con cierta periodicidad, pues conservaba plena lucidez y escucharlo era siempre enriquecedor. En una ocasión hablamos de *Cristal y roca* y comentó que creía conservar un ejemplar que le habíamos llevado como prueba antes de proceder a la definitiva tirada y que él guardó discretamente. No sabía en ese momento dónde lo tenía y le sugerimos que lo donara a la hemeroteca de la So-

ciudad Cosmológica. Poco después falleció y no supimos en qué acabó el tema. Sin embargo, ya en 1948, a poco de imprimirse *Cristal y roca*, Régulo Pérez incluía el título entre las cabeceras palmeras editadas entre 1863 y dicho año, citando precisamente el ejemplar que poseía Pérez Vidal, según se recoge en nota, y, que sepamos, el único prodigiosamente hasta hoy conservado.

En el verano del año 2000 tuvo lugar en el salón principal de la Sociedad Investigadora, en un acto público, la entrega a la Sociedad Cosmológica de un facsímil, elaborado y donado por la empresa Rank Xerox, del *Ensayo sobre la Historia natural y civil de las islas Canarias* de Viera y Clavijo que ésta sociedad conserva. Al término del acto, el profesor José M. López Mederos dictó una conferencia sobre la hemeroteca de La Cosmológica ilustrada con diapositivas que reproducían las cabeceras de la colección. Con emoción vimos entre ellas la del nonato *Cristal y roca*. Don José había cumplido su palabra sin que pudiéramos expresarle ya personalmente nuestra gratitud. Indagamos y supimos que, en sus últimos días, lo había entregado a la bibliotecaria de la citada sociedad, María del Carmen Aguilar Janeiro, para que formara parte de los fondos custodiados en la Biblioteca Cervantes.

Más que el periódico en sí, cuyo contenido es ciertamente limitado, el valor de *Cristal y roca* estriba, creo, en las circunstancias que rodearon su elaboración e impidieron su distribución, en la prueba palpable de la labor pedagógica que don José desempeñó al margen de sus significativos trabajos de investigación, y en el grado de compenetración a que llegó con un grupo de sus alumnos, como estamos seguros le ocurriría también en otros muchos casos.

APÉNDICE: MEMORIAS DEL BACHILLERATO

En el presente apéndice se insertan algunos textos de naturaleza memorística sobre aquellos años de la década de 1940. El primero

de ellos (Tomás *Corre*) se encontraba destinado a su publicación en el número 2 de *Cristal y roca*; el resto, aunque se aleja un poco del tema tratado y no tiene que ver con la enunciada revista, se ha anexado debido a que intenta reflejar el ambiente y la vida del Instituto de Bachillerato de Santa Cruz de La Palma.

I TOMÁS CORRE¹

En los ambientes selectos, por un malentendido pudor, se le nombraba abreviando el apodo que el pueblo llano le había dado y no se recataba en emplear sin tapujos: Tomás *Correquetecaga*.

Debió ser un personaje singular y muy popular, del que tenemos noticia las actuales generaciones por lo que nos cuentan nuestros mayores².

De figura alargada y algo estrafalaria era un bohemio, muy ingenioso y no desprovisto de cierta cultura: una persona leída, como se suele decir.

Su principal característica es que cantaba las cuarenta sin recato, en voz alta y donde se encontrase si consideraba algo digno de ser denunciado.

Es muy conocida la anécdota que protagonizo en ocasión de celebrarse el día del árbol y encontrarse a los niños de las escuelas plantando arbolitos por los caminos acompañados de sus maestros. Subido en un lugar donde pudiera ser visto gritó a voz en cuello para que todos le oyeran: «¡Planten árboles y no planten vergüenza que se está acabando la semilla!».

La familia de su mujer era conocida por un apodo que tenía el nombre de un sabroso pescado. Cuando alguien se la nombraba soltaba rápido: «¡Cabrillas... ni fritas!».

Como sus recursos eran escasos, aprovechaba para ganarse unas

1. El autor, encargado de la sección de humor, tenía preparada esta colaboración para un previsto número 2 de *Cristal y roca*, que nunca llegó a término al haber sido «secuestrado» el número 1.

2. Se decía que el tal Tomás *Corre* había sido cabo de cañón del crucero *Cataluña*, hundido durante la guerra de Cuba, que escapó nadando y fue repatriado.

perras con su habilidad para *cisnar* letras en pañuelos y tejidos para luego ser bordadas. En una ocasión le encargaron poner una «L» en una docena de pañuelos de seda que una señora quería bordar y mandar de regalo a una amistad que tenía en Cuba, cuyo nombre era Luisa. Cuando vino a recoger el trabajo se encontró con que Tomás, despistado, había dibujado una «E» en los pañuelos. Al percatarse la interesada se produjo el siguiente diálogo:

—Ay don Tomás, me puso una «E» y era una «L»...

A lo que contesta nuestro personaje con la rapidez del rayo:

—¡ No seas bruta, las Luisas en Cuba se llaman Eloísa!

En la visita que hizo el Rey Alfonso XIII a la isla en 1906, las autoridades tuvieron la precaución de encerrarlo en el «cuarto corrección» mientras duró la real visita, para evitar que pudiera soltar una de las suyas ante su majestad.

Así lo recuerdan quienes aún viven y le conocieron y quienes no le conocieron pero saben de él por haberlo oído a sus mayores.

Lazarillo, 1948

2 ABRIL DE 1947

Algunos recuerdos del autor que permitirán al lector introducirse en el ambiente escolar de la época y las circunstancias en que entonces se vivía:

En la primera quincena del mes llegaron a Santa Cruz de La Palma tres siniestros personajes en misión especial.

Eran miembros de la Brigada Político Social. Ostentaban amplios poderes para detener, torturar y poner entre rejas a quien quisieran. Todas las autoridades civiles de la isla y las fuerzas de seguridad a sus órdenes —que para muchos eran de inseguridad— estaban sometidas a su capricho.

Vestidos de paisano, con trajes no muy cuidados, podía notarse bajo sus americanas el bulto de los pistolones que portaban.

Dos de ellos, altos, delgados, de tez biliosa y mirada aviesa, parecían personajes de una película de gánsteres —José Sala y José Lacalle se llamaban—, y el tercero, el que parecía ser el jefe, más bajo y entrado

en carnes —no recuerdo su nombre— tenía el aspecto de un refinado miembro de las SS o la Gestapo. Era el que hacía de «bueno» en los interrogatorios, según cuentan quienes los padecieron.

El *Caballo de Bastos*, sobrenombre por el que se le conocía, vivía en Miraflores, en la parte alta de la Dehesa. En los primeros momentos de la Guerra Civil estuvo escondido en el monte pero, transcurrido algún tiempo, logró pasar desapercibido y no fue ni siquiera detenido. Fue, sin embargo, el primero en pasar por las manos de los citados miembros de la Brigada Político Social.

Nadie ha podido aclarar si tenía algo que ver con lo que venían buscando los tres aludidos personajes llegados a La Palma: la identificación, desarticulación y consiguiente represión de los componentes de una supuesta célula comunista que captaba «fondos» destinados al «socorro rojo internacional», empleando para ello los métodos al uso en la época, denominados eufemísticamente «hábiles interrogatorios».

Para empezar, el Caballo de Bastos fue detenido. Era hombre duro y bien templado, pero, sometido a «tratamiento», algo debió decir que condujo a la detención en cascada de medio centenar de palmeros, casi todos de Santa Cruz de La Palma, Los Llanos, Tzacorte, Los Sauces y Barlovento.

El primero en seguirle fue Francisco Lorenzo Pérez —*el Condito*— quien, torturado en forma despiadada, cantó más alto, provocando nuevos detenidos. A todos les aplicaron iguales métodos, para lograr que involucraran en la «subversión» a los previamente fichados y, especialmente, a algunos de ellos, por quienes mostraban especial interés.

Las detenciones, conducciones y traslados los realizaba la Policía Armada —los grises, como eran conocidos—, la Policía Municipal y la Guardia Civil, puestas bajo mandato temporal de los tres especialistas actuantes.

El centro de operaciones lo situaron en los bajos del ayuntamiento, donde estuvo el hoy inexistente «cuarto de corrección» y en las dependencias anejas de la Guardia Municipal, espacio del que temporalmente se adueñaron para encerrar a los detenidos, aplicarles sus refinados métodos de interrogatorio y, después de obtener los resultados deseados, presentarlos ante el juez militar actuante —un comandante de nombre Manuel Fernández—, que, auxiliado por un

oficial del ejército como secretario, ordenaba su encarcelamiento en la prisión de Santo Domingo. De allí salieron, esposados de dos en dos y conducidos por la Guardia Civil, el uno de mayo de 1947, para ser embarcados en las bodegas del correillo La Palma con destino a Santa Cruz de Tenerife y alojarlos sin más trámite, por cuenta del Estado, en la prisión de Fyffes.

Lo de menos eran las amenazas, escupitajos y bofetadas, hubo pateaduras, apaleamientos, electricidad y ahogamientos. Algunos resistieron más que otros y se les reconocía por las huellas evidentes que se observaban en su físico. Cuentan sus compañeros que Estanislao Duque Pérez, un palmero de bien, que ya había sufrido largo cautiverio por sus ideas de izquierdas, llegó a la celda, tras el interrogatorio, amoratado de pies a cabeza, con restos de sangre seca en cabeza y cuerpo. Solidario Hernández, un joven amigo de carácter tímido y pacífico, resultó tan afectado por las torturas que no volvió a ser el mismo, muriendo de un ataque al corazón poco después de salir de la cárcel.

Los últimos detenidos fueron, injustificadamente, cinco jóvenes que tuvieron más suerte. Uno de ellos tenía un tío influyente muy vinculado al entonces ministro de la Gobernación, quien, desde Madrid, ordenó se les pusiera en libertad antes del traslado de los demás a Tenerife.

Durante los días que transcurrieron desde el comienzo de las detenciones hasta el traslado de los presos a Tenerife, el pánico se respiraba en la ciudad. Todos los no adictos al régimen teníamos un nudo en el pecho. Hablo por mí.

Tenía 17 años y estudiaba sexto curso de bachillerato. Éramos sólo quince y tres de ellos fueron detenidos. Dos se encontraban entre los cinco puestos en libertad. El tercero, detenido el 21 de abril, fue con los demás para la prisión de Fyffes, donde permaneció hasta su puesta en libertad el 17 de julio, víspera del aniversario del «glorioso alzamiento nacional» —como un gesto de compasiva generosidad del régimen por la celebración—, lo que no impidió que tuviera que afrontar numerosas dificultades para continuar sus estudios y en su vida privada, hasta el punto de ser expulsado de las Milicias Universitarias, donde prestaba el obligatorio servicio militar como estudiante de Derecho, teniendo que hacerlo como soldado de reemplazo en el acuartelamiento de Hoya Fría.

Nadie sabía en la isla lo que estaba ocurriendo, se extendían rumores sin fundamento y se pronosticaba nombrando a posibles nuevos detenidos. Seguro que, por lo antes indicado aunque sin fundamento, algunos pensaron —acaso desearon— que yo fuera uno de ellos. Recuerdo que, para hacer ver que la cosa no iba conmigo, me fui con mi hermana al cine al Circo de Marte. Apenas habría una docena de personas en la sala. En el descanso se dejaron ver dos policías en la entrada al patio de butacas y no puedo negar que pasé un mal rato hasta que los vi marchar.

Entre lo que he sabido de este lamentable suceso, parece ser que sí hubo un intento romántico de aproximación de personas de izquierdas para formar la indicada célula, pero, evidentemente, era algo descabellado dadas las circunstancias en que entonces se vivía, de brutal represión y carencia absoluta de derechos ciudadanos.

Mi compañero de curso me cuenta que, en los «hábiles interrogatorios» a que fue sometido, además de los golpes y vejaciones, uno le apoyó un revolver amartillado en la sien y le aclaraba: «te pego un tiro ahora y nadie me pedirá explicaciones», al tiempo que otro decía: «no lo vayas a matar, que todavía tiene mucho que decir». Se pretendía que acusara al profesor Juan Régulo Pérez, persona a quien conocía sólo de vista, de ser el promotor de la supuesta célula. Cuando lo hicieron comparecer ante el juez militar, manifestó que sus declaraciones no eran ciertas y que las había hecho bajo tortura. En el camino de vuelta a la celda, sus interrogadores, sin ocultar la rabia, le amenazaron con volver a pasarlo por sus manos. Momentos después, cuando guardias civiles llegaron a la celda para ir trasladando los detenidos a la cárcel de Santo Domingo, todos querían ser los primeros esperando que, ya en la cárcel, estarían a salvo de sus verdugos. Fue Estanislao Duque, amoratado de pies a cabeza por los golpes recibidos, quien se les enfrentó valientemente para, sabedor de lo que le esperaba si se quedaba, fuera mi compañero y amigo el primero en ser trasladado.

También me ha contado, entre otras tantas cosas que alargaría demasiado estas notas, que ya en Fyffes soportó indirectas de algunos de sus compañeros de cautiverio por ayudar a Francisco Lorenzo *el Condito* —a quien consideraban responsable de sus detenciones por ser el primero al que detuvieron e interrogaron— a superar una oti-

tis brutal provocada por los golpes recibidos. Como el médico de la cárcel no recetaba más que aspirinas, se curó milagrosamente a base de aplicarle compresas con una toalla empapada de agua caliente, mientras permanecía tendido febril sobre su petate.

3 EL AUSTIN DEL PAPA

El sacerdote don Luis Van de Walle y Carballo —que terminaría sus días en La Laguna, como canónigo de la iglesia catedral de Nuestra Señora de los Remedios— era en esa época, y desde tiempos de la república, párroco de San Pedro, en Breña Alta, y no sé si ya o más tarde, arcipreste del distrito.

Creo que fue en 1944 cuando fue nombrado profesor de Religión del Instituto de Bachillerato de Santa Cruz de La Palma, del que más tarde pasaría a ser director, sustituyendo a don José Felipe Hidalgo (*Don Pepe la Piompa*, el pícaro genial a quien ya he recordado en mis notas sobre «Personajes de la pequeña historia»).

Era el único centro de enseñanza de este tipo que existía en la isla. Creado en 1932 en virtud de gestiones del diputado republicano don Alonso Pérez Díaz, fue el segundo con que se contó en la provincia. Sólo existía hasta ese momento el Instituto de Canarias, en la ciudad de La Laguna. Paralizadas las obras destinadas a alojar el nuevo centro desde el comienzo de la Guerra Civil y utilizadas éstas para el alojamiento de los ciento cuarenta mulos de las fuerzas del ejército acantonadas en La Palma, compartió sede durante años, en la calle O'Daly 19/21, con el Cabildo Insular, hasta que esta institución fue trasladada a la Acera Ancha. Aún lo denominaban algunos «El Cabildo». Se oía con frecuencia decir «tiene al chico estudiando en el Cabildo», «ya está en el Cabildo», etc.

Estábamos en cuarto curso. De la treintena larga de alumnos que iniciamos el bachillerato en 1941, quedábamos una quincena. Finalmente, sólo trece lo concluiríamos. A partir del quinto curso, en clases de mañana, compartíamos aula —pasillo por medio— con siete chicas.

Recuerdo que don Luis nos daba clase de Apologética —aquello de que la gallina fue antes que el huevo, etc.—, asignatura que creo que

fue la única en que obtuve sobresaliente en todo el bachillerato. De estatura media, bien parecido, algo relleno, ligera papada, nombre con connotaciones de rey francés (Luis) seguido de apellidos derivados de antiguos flamencos (Van de Walle, Vandeval, Van Dale...) y portugueses (Carvalho) llegados a la isla años después de su poblamiento europeo, hubiese hecho un buen papel en la curia vaticana. Era fácil imaginárselo, con el atuendo de la época, desenvolviéndose en la Roma de los Borgia. Este porte y dignidad mereció que, a poco de su llegada al centro, ya nos refiriéramos a él únicamente con el apelativo de *El Papa*.

Formábamos un grupo muy homogéneo y compenetrado, a pesar de existir notables diferencias en cuanto a aplicación (había mentes brillantes, normales y «del montón», pero ninguno era malo del todo) y en la personalidad de cada uno, pues los había más inclinados a guasas y bromas pesadas que todos finalmente terminaban por reír y compartir.

En la obligada fuga general del día de San Martín (11 de noviembre) y el día del patrono de los estudiantes, Santo Tomás de Aquino (entonces el 7 de marzo), era inexcusable vernos en la plaza de España a primera hora de la tarde —encuentro al que pocos faltaban— y desde allí emprender camino por la carretera del sur en dirección a los alrededores del Hoyo de Mazo, recalando —después de obligadas paradas en la venta de don Juan *Pis* en La Media Luna, las de Chana o Mauricito en San Antonio y la de Horacio en La Polvasera— en la bodega del padre de uno de los compañeros de curso. El regreso, al oscurecer, cantando *Asturias patria querida*, la *Marsellesa* o el *Gloria sin par* (himno del instituto con letra de Gloria Alicia y música de Luis Cobiella), lo hacíamos desandando el camino, pero en ocasiones tomábamos la ruta de Breña Alta para bajar por la cuesta de Calcinas. Al pasar por San Pedro, discutíamos la procedencia de hacer o no una visita a don Luis. Liberados como estábamos ya de inhibiciones, terminábamos siempre tocando a la puerta de la casa parroquial donde, después de saludarle e intercambiar unas pocas palabras sentados en círculo en su sala de recibo, nos daba unas estampitas de santos y nos despedíamos (recuerdo ahora la circunspecta y amable expresión de don Luis, que, lógicamente, tendría que estar algo «escamado», aunque no lo demostrara).

Fue nombrado director al comienzo de un curso y, para congraciarse con el alumnado, declaró no lectivo el día de San Martín, lo que comunicó poniendo una nota en la tablilla de anuncios del Centro... ¡Indignación nuestra al vernos impedidos de llevar a cabo la proyectada fuga general!... ¿A cuenta de qué esta festividad no oficial?... Se nos privaba del derecho a fugarnos, uno de los pocos que entonces se podían disfrutar. Nos pasamos la mañana del once de noviembre por los alrededores del cerrado instituto reclamando, con fingido enfado, las clases suspendidas. Por la tarde, cómo no, emprendimos el recorrido de costumbre.

Otra de las ocurrencias de don Luis al ser nombrado director fue imponer el uso obligatorio de americana, cuello y corbata para poder acudir al instituto y asistir a las clases, lo que generó una soterrada protesta. Estábamos ya en sexto curso o iniciando el séptimo. Ante la imposibilidad de exteriorizar la queja decidimos cumplir lo dispuesto a rajatabla. Justo al lado del centro se encontraba la antigua tienda de tejidos de don Domingo *Trapiche*, padre de Lalo, uno de nuestros compañeros, al frente de la cual se encontraba un bondadoso anciano, don Rodrigo Henríquez, que nos permitía campar a nuestro gusto por la trastienda donde, en viejas cajas de cartón no abiertas durante muchas décadas, nos encontrábamos desde bragueros de todos los tamaños hasta gafas para vista cansada a elegir según las necesidades de cada cual. Entre estas antiguallas dimos con unas cajas que contenían enormes cuellos almidonados de diversas formas y chocantes colores, junto con floridas corbatas y chalinas que debieron de estar de moda en el siglo diecinueve. Elegimos los más aparatosos y del gusto de cada uno y nos trazamos un plan. Las americanas de la época, fueran de lana o de dril, se forraban en su interior con un tejido parecido a la seda, dotado de brillos y reflejos especiales. Puestas del revés y cuidadosamente colocados los aludidos cuellos y corbatas, nuestra llegada al centro y entrada a clase a toque de campana fue apoteósica. Le tocó la china a don José Crispín —al que también he recordado en «Personajes de la pequeña historia»— en su clase de filosofía, quien, imperturbable, fingió no darse por enterado, limitándose a preguntar la lección del día a cada uno. Todos, por supuesto, la llevábamos empollada, y a poco de empezar a

contestarla nos mandaba a sentar y nos estampaba ostensiblemente un cero. Por cierto que Glorita, la *Loba Capitolina*, una de nuestras compañeras más estudiosas, por estar acatarrada y llevar al cuello una bufanda, corrió igual suerte. Percibíamos desde dentro del aula el revuelo que había por fuera aguardando nuestra salida. Llegado el momento sale primero don José Crispín y, antes de hacerlo nosotros, entra aparentemente furioso don Manuel Sosvilla —capitán de la marina mercante y profesor de Matemáticas que hacía de jefe de estudios—, quien comienza a increparnos duramente, pero termina riendo a carcajadas. La cosa quedó en nada, y durante algún tiempo utilizamos este atuendo en nuestras correrías rurales.

Para desplazarse más cómodamente de San Pedro a «la ciudad» terminó don Luis por comprarle a Mario Baudet, de segunda mano, su cochito Austin, cerrado, de color azul oscuro, de los que por entonces se llamaban «cajas de fósforos». Eran coches «de antes de la guerra», pues hasta bastantes años más tarde no se reanudarían las importaciones de automóviles ni de muchas otras cosas.

Le conducía el cochito un joven de gafas de Breña Alta, que al propio tiempo ejercía alguna función auxiliar en la parroquia de don Luis, al que únicamente conocíamos por su apodo familiar, *el Bumba*. Decíamos de él que, al pasar conduciendo por ciertos sitios no recomendables, tenía que hacer un esfuerzo enorme y agarrar bien el volante para controlar el vehículo y que no se encaminase por rutas que le eran habituales a su anterior propietario.

Había pocos coches en esa época, y éste, estacionado a la puerta del centro, por sus características, las de su conductor y las del principal y único pasajero que en él cabía —embutido con dificultad su orondo organismo, manteo al brazo, en el asiento junto al chófer— se hizo objeto de nuestras bromas, algunas de ellas algo pesadas aunque estuvieran fundamentadas en el poco peso del vehículo.

Así, aguardábamos disimuladamente en la aludida tienda de tejidos a que chófer y pasajero estuvieran dentro del coche dispuestos a partir. En cuanto oíamos que arrancaba el motor, nos acercábamos agachados por detrás y agarrando el parachoques lo alzábamos levemente..., lo suficiente para que cuando el Bumba levantara el pie del embrague las ruedas giraran en el aire haciendo un ruido especial y

el coche no avanzara. Lógicamente, desde que paraba el motor para ver lo que pasaba, desaparecíamos por donde habíamos venido... y a repetir de nuevo cuantas veces nos parecía prudente.

Otro tanto ocurría cuando venía el coche desde la Avenida Marítima para doblar a la izquierda y subir por El Puente. Entonces nuestro puesto de ataque era el Bodegón de Anastasio, que existió en la casa derribada para construir la que hoy alberga en sus bajos el conocido comercio de Pancho, en la esquina de la calle Álvarez de Abreu. En cuanto oíamos el ruido del motor al comenzar a subir la cuesta, avanzábamos dos o tres agazapados y, colocándonos detrás del Austin, nos agarrábamos del parachoques tirando hacia atrás, lo que bastaba para que no pudiera continuar avanzando ni aunque le pusieran la primera marcha. Cuando el Bumba paraba el motor y bajaba del coche ya nosotros habíamos desaparecido.

Como es natural, don Luis se tomó esto muy en serio y no le fue difícil saber quiénes le ocasionaban estos problemas, pero sin individualizar. Por esta razón llamó a su despacho a Manolo Álvarez, el más serio y de más edad del curso, y le echó la gran filípica, diciéndole que estábamos atentando contra una propiedad privada y que, si continuábamos, tomaría medidas drásticas, haciéndolo responsable de algo que no había cometido.

Manolo, aunque era tan guasón como el que más, por su carácter, sentido de la responsabilidad y otras razones personales relacionadas con la situación política que entonces vivíamos, se vio comprometido. Nos reunió conminándonos a cesar en las bromas, a lo que respondimos con risas y tomando la cosa a coña... Manolo me amenaza con pegarme una galleta, yo le contesto:

—¡tú no pegas ni un sello!

Y me dio la gran galleta. Se armó la que se armó pero terminamos riéndonos y abrazándonos como los grandes amigos que éramos y continuamos siendo. Una amistad de esas que se acrecientan día a día, superando la distancia y el tiempo.

4 EL PICO

Los primeros años de mis estudios de bachillerato transcurrieron de forma rutinaria, sin aparentes innovaciones en la organización de la vida docente. Hacía poco tiempo que el denominado Instituto de Segunda Enseñanza había dejado de compartir sede con el Cabildo Insular, la Delegación del Gobierno y la Policía Gubernativa —la llamada «secreta» aunque sus agentes fueran de todos conocidos— al ser trasladados estos órganos de la administración al edificio que, también conjuntamente, ocuparon durante años en la Acera Ancha.

La sala de profesores estaba en la habitación principal de la primera planta, frente a la amplia escalera de acceso desde el patio. Con balconcillo a la calle dotado de baranda de hierro fundido —como todos los huecos enmarcados de cantería de la fachada principal del precioso y ya desaparecido edificio—, había sido antes despacho del delegado del Gobierno en la isla.

A la izquierda de esta habitación, según se accedía por la citada escalera, en otra con pequeña antesala y también balconcillo a la calle donde estuvo la policía secreta, se encontraba la dirección. Esta dependencia puedo decir que para mí, y creo que para la gran mayoría del alumnado, sí era secreta, pues en los siete años que allí estuve, sólo vi entrar y salir de ella al director de turno, o a alguno de los bedeles con una tacita de café en la mano traída del antiguo bar La Palma³, que para eso estaban, además de las funciones propias de su cometido.

La administración y secretaría, también en la primera planta, estaban en habitaciones situadas en un lateral de la parte trasera. La planta baja —con excepción de la entrada al amplio patio del que partía la escalera para acceder a las plantas superiores— la ocupaban el comercio y almacenes de Manuel Rodríguez Conde.

El resto del edificio estaba destinado a las aulas, en número de ocho de diferentes cabidas, y los servicios: en la segunda planta el de las chicas y en la primera el de los varones y el de los profesores.

3. El antiguo y popular bar La Palma, regentado de los hermanos Francisco (*Frisco*) y Manuel Castro Díaz, con mesas bajo la pérgola —lugar de obligado encuentro de palmeros y forasteros—, se hallaba situado en calle O'Daly, n.º. 18 (en los bajos de la casa derribada para construir la que hoy, en su planta comercial, ocupa la Caja Rural).

Existía también una entreplanta, de bajos techos, a lo largo de la parte trasera del edificio, a la que se accedía desde el patio o desde la primera planta por unas estrechas escaleras. En ella estaba instalada una minúscula biblioteca que durante mi paso por el centro se abrió sólo en cortas etapas, cuando podía contarse con algún alumno responsable que, de forma desinteresada, se prestara para organizarla y mantenerla abierta unas horas, como es el caso del recordado y ya desaparecido Domingo Acosta Pérez. Junto a ésta, en el resto de la entreplanta, un aula que sólo se utilizaba excepcionalmente.

Había también dos habitaciones cerradas en la segunda planta que albergaban dos pequeños laboratorios, uno de química y otro de física, modestamente dotados desde que el instituto fuera creado en tiempos de la República, pero inactivos⁴. El primero nos lo abrió una vez don Clemente Zapata para ver cómo era (nos dio clases poco tiempo durante un curso de esta asignatura). Del segundo nada puedo decir pues nunca lo vi abierto. Sí utilizamos, en esta planta, el aula n.º. 2, destinada a Ciencias Naturales, con dotación de la época citada: a la izquierda de la mesa del profesor una vitrina con un esqueleto humano, y detrás, una estantería con una muestra de minerales y algunos animalitos disecados, entre los que recuerdo una ardilla roja y un ave rapaz, de mediano tamaño, sujetando una paloma blanca entre sus garras.

Coronaba esta sobria y hermosa construcción que contribuía a dar categoría a la calle principal de la ciudad, un mirador abalconado con cúpula de cerámica, tal como puede apreciarse en alguna antigua

4. Dotado desde sus inicios con los elementos necesarios para su funcionamiento, compartió sede, como ya se ha dicho, con el Cabildo Insular y otras instituciones, aguardando a que se concluyera la construcción del espléndido edificio destinado a albergarlo, cuyas obras se iniciaron inmediatamente después de su creación y fueron paralizadas con motivo de la Guerra Civil. Muchos años más tarde se cambió el proyecto inicial y se reinició la obra, que concluyó en 1960 (el traslado al nuevo edificio se realizó en las vacaciones de Navidad de 1960-1961). Años después se estableció la norma de poner nombre propio a los centros de enseñanza y el claustro de profesores propuso que se le diera el de Alonso Pérez Díaz, pero fue denegada esta propuesta con el argumento de «no existen en esa persona méritos suficientes»). Hasta que se produjo la transición política no pudo llevar el del ilustre palmero que logró su creación. Durante mi paso por su primitiva sede, las clases se impartían en situación de extrema precariedad. Salvó la situación el riguroso plan de estudios de 1938, de siete años de duración, los buenos profesores que tuvimos y los malos, que no eran pocos, pero de los que también aprendimos mucho.

fotografía. Como otros miradores similares, era un testimonio del pasado marinerío de la isla, pues su misión era poder avistar y conocer con la máxima anticipación la arribada de los veleros que hacían la carrera de América⁵.

La separación de sexos era rigurosa en la totalidad del recinto. Hasta cuarto curso las clases se impartían en horario de tarde para los varones, en ambas plantas. Las chicas de estos cursos recibían las clases por la mañana. A partir de quinto curso eran, para ambos sexos y en las mismas aulas, por la mañana, pero los bancos estaban separados por un pasillo central, sentándose las chicas en los del lado derecho y los varones en los del izquierdo. En todo caso, las primeras debían permanecer entre una y otra clase en la segunda planta, y los segundos en la primera.

Del mantenimiento de este orden se encargaban los conserjes o bedeles. En principio únicamente cumplía esta función don Pedro Díaz, querido y respetado por todos, quien ponía especial celo en cuidar de que a nadie se le ocurriera coger una guayaba de los dos ejemplares de este tropical fruto que, plantados en sendas barricas de madera de las usadas para transportar loza, crecían alargados en busca de la luz desde el fondo del patio.

Poco después vino en ayuda de don Pedro un segundo bedel, Anastasio, caballero mutilado, como se denominaba a los heridos del bando vencedor de la Guerra Civil que, por mandato legal, pasaban a formar parte de las plantillas de organismos públicos y empresas privadas. No estuvo mucho tiempo, pues prefirió marchar a Santa Cruz de Tenerife donde tuvo negocio en sociedad con su hermano Pablo⁶.

5. Esta casa, derribada en la década de los sesenta para construir un nuevo edificio, perteneció en sus orígenes a la familia O'Daly, comerciantes irlandeses afincados en La Palma, uno de cuyos miembros, Dionisio O'Daly, junto con el abogado garafiano Anselmo Pérez de Brito, pasó a formar parte de la historia de la isla por haber logrado, enfrentándose a los antiguos regidores perpetuos, que Santa Cruz de La Palma fuera el primer ayuntamiento de España elegido democráticamente. Tanto la calle como el nuevo edificio construido en el que fuera su solar, llevan el nombre de O'Daly. Véase: PÉREZ GARCÍA, Jaime. *Casas y familias de una ciudad histórica: la calle Real de Santa Cruz de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma; Colegio de Arquitectos de Canarias. Demarcación de La Palma, 1995, pp. 102-109.

6. El bar y pensión Candelaria, que existió en la calle del mismo nombre, en una de las casas demolidas para construir los actuales almacenes comerciales Maya. Hasta su desaparición, era lugar de encuentro de muchos de los palmeros que viajaban a Tenerife.

A partir de cuarto curso, se incorporaron los inolvidables Gabriel Bermejo y Ricardo Manrique. El primero accedió al empleo de conserje por su condición de excombatiente, y el segundo, Manrique, madrileño, era funcionario de este cuerpo desde tiempos de la dictadura de Primo de Rivera⁷. Vino a La Palma junto a Damián Nuño, destinados ambos a la Escuela de Artes y Oficios, se casaron con palmeras, pidieron la excedencia y montaron una tienda de calzado en sociedad. Con el tiempo se disolvió la sociedad y se reincorporaron a su trabajo, Manrique en nuestro instituto y Nuño en la Junta de Abastos.

Pero vayamos al grano, basta ya de divagaciones. Las entradas a clase dejaron de hacerse siguiendo a los profesores que las daban a la hora en que éstos llegaran y, hay que decirlo, los había que no brillaban por su puntualidad. Se implantó el toque de campana para avisar las horas de entrada y salida... Lo malo es que no había campana.

La solución fue comprar un pico o zapapico en la ferretería de Rodríguez Conde, colgarlo con unos alambres de los travesaños de madera que sostenían la piedra de una antigua destiladera volada sobre el patio que, ya fuera de uso y sin bernegal, existía en un lateral del pasillo, frente a secretaría, a la que se accedía por una puertita sin cerradura.

Bermejo era el responsable de dar puntualmente los toques de entrada y salida. Utilizando una corta barra de hierro de media pulgada que permanecía en la propia destiladera, se daba gusto golpeando el zapapico de forma que nadie pudiera alegar no haberlo oído.

Surgió pronto un problema. Siempre había desaprensivos que, en medio de algunas clases, hacían repicar —nunca mejor dicho— el pico y desaparecían antes de que los conserjes, descansando como está mandado, pudieran impedirlo. Había que tomar medidas y se tomaron: La barra de hierro se puso a buen recaudo custodiada en

7. Ricardo Manrique Esteban, padre de Bernardo, uno de los compañeros de curso y de otros jóvenes amigos. Era hombre de buen humor al que algunas veces —en ocasiones sin él enterarse— hicimos cómplice de nuestras trastadas. Años más tarde, para facilitar el acceso de sus hijos a estudios superiores, pidió y obtuvo traslado a la Escuela Profesional de Comercio de Santa Cruz de Tenerife, donde coincidimos durante los dos años que estudié en dicho centro y tuve a otro de sus hijos, Javier, de compañero. A pesar de la diferencia de edad, mantuve con él una buena amistad hasta su muerte.

secretaría y sólo Bermejo acudía a por ella puntualmente para que cumpliera su cometido.

Pero, ¿podrían las cosas quedar así? No estábamos dispuestos a caer en la monotonía.

En aquella época de penuria no había casa que dispusiera de azotea que no tuviera unas gallinas, alimentadas con desperdicios, para contar con unos huevitos en caso de apuro. Estando en la de un compañero que vivía por los alrededores vimos una vieja y apestosa alpargata de piso de esparto abandonada en un rincón, empapada de agua y gallinaza después de haber sido utilizada en los periódicos baldeos del gallinero. No sé a quién se le ocurrió que a aquella inmundicia se le pudiera sacar partido. Pero se lo sacamos.

Con mucho cuidado y protegiéndonos las manos con unos periódicos viejos, le atamos un alambre y, envuelta en periódicos, la llevamos al instituto. Disimuladamente, antes del toque de entrada a clase y procurando que nadie viera la maniobra, uno se adelantó y, levantando el pico, lo ocultó en el hueco de la piedra de la destiladera mientras otro con premura colgaba en su lugar, ya desprovista de su envoltorio, la alpargata.

Continuamos merodeando como quien no quiere la cosa por los alrededores, observando cómo Bermejo, llegada la hora, se dirige resueltamente a secretaria a por la barra de hierro abriendo al pasar, sin mirar al interior, la puerta de la destiladera.

Cuando regresa barra en mano dispuesto a emprenderla con el pico se queda brazo en alto como estatua de sal, sin alcanzar a entender lo que tiene a la vista.

Repuesto de su impresión regresa a secretaria y vuelve acompañado de don Pedro Díaz y Manrique, quienes no pueden ocultar la risa que les produce la situación mientras Bermejo, con los brazos caídos, permanece serio. Se va reuniendo un corro cada vez más numeroso en torno a la destiladera formado por la totalidad de los alumnos que aguardaban la entrada a clase y querían ver el motivo del jolgorio.

Va pasando el tiempo y siguen las risas sin que nadie haga nada. La cosa se prolonga diez o quince minutos y los profesores, hasta entonces distraídos en espera de los toques de pico, comienzan a salir sorprendidos de la sala de profesores, sin saber qué causaba el alboroto.

Cuando ya se fueron enterando, las caras que ponían unos y otros eran de lo más variopinto. Algunos se querían mostrar enfadados sin poder ocultar su interior regocijo, otros estaban francamente enfadados por aquella alteración del orden establecido, y había quienes se volvían de espaldas para que no los vieran reír. Recuerdo a don José Pérez Vidal, con la boca abierta mostrando toda su dentadura y con expresión de gozo, con esa risa a carcajadas y en total silencio que le era peculiar.

Finalmente Bermejo se armó de valor y, alargando el brazo, sacó de su escondite el pico, que quedó colgando a la par con la alpargata, mientras golpeaba con el hierro, sin poder evitarlo, tanto el pico como la alpargata⁸.

A nadie se hizo responsable del hecho, pero ¿quiénes iban a ser? Se daba por descontado, pero a falta de pruebas la cosa quedó en nada.

Por nuestra parte, fundamos informalmente la orden del pico y, durante un tiempo, algunos llevábamos como adorno de solapa un minúsculo zapapico de madera elaborado cuidadosamente con una navajita, a la manera que años más tarde propusiera Cela para obtener beneficios del famoso caso de Archidona.

Si algún día alguien encuentra entre mi caos de papeles y recuerdos esta pieza, ya sabe de qué se trata.

8. Gabriel Bermejo Pérez, al tener otro carácter, fue objeto repetidamente de nuestras bromas pesadas, pero no nos guardó rencor. También años más tarde, en los tiempos que fui profesor en la Escuela Insular de Magisterio y Comercio, cuyas clases se impartían en el instituto en el que continuaba siendo conserje, me hablaba, recordando viejos tiempos, de lo mucho que le hicimos «sufrir» (entre comillas).